



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

¡ÁBRETE!

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 7, 31-37 (23º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 9 de septiembre de 2018)



En estos **ECOS DE LA PALABRA** quisiera compartir con vosotros, más que una reflexión sobre el Evangelio, la oración y la súplica que me ha suscitado la palabra que Jesús le dirige al sordo: **¡Ábrete!**

Ábrete Europa... La crisis migratoria que viven los países del medio oriente y del continente africano están alcanzando unos límites que la humanidad **no puede ni debe**

tolerar: Las noticias de cientos de personas que han encontrado y están encontrando en el Mediterráneo su sepultura; las de los cientos de migrantes que mal viven en los mal llamados “Centros de internamiento de extranjeros” en España o en las calles y plazas de Ceuta sin que se vea una solución en un tiempo razonable, son aterradoras.

Ante los gritos silenciados de estos hermanos le pido al Señor que diga con fuerza: ¡Ábrete Europa! No cierres tus pueblos y ciudades a los que llegan huyendo del horror o buscando la dignidad que no pueden encontrar en sus países de origen por las guerras o por el hambre que han generado por años las economías extractivas. Europa no puede desconocer que tiene una responsabilidad importante en el empobrecimiento de no pocos países africanos y que esa pobreza es una de las causas de los movimientos migratorios que algunos critican y quieren criminalizar.

Este es el tiempo oportuno para que la Europa de los pueblos de un paso adelante y genere unas políticas migratorias que sean coherentes con su larga trayectoria cultural y humanitaria. Que no se dilaten más las medidas políticas y económicas para ayudar a salir de esta honda crisis humanitaria.

Este es el tiempo oportuno para que la Europa social y de la alianza de las civilizaciones no se deslumbe por los vestidos y los anillos de los poderosos y haga una opción por los más pobres, por aquellos que por siglos han sido dejados de pie o sentados en el suelo como lo denuncia el apóstol Santiago (2, 1-5).

Ábrete América... Al terminar mi tiempo de visita familiar en Colombia no puedo dejar de pedir al Señor por este rincón del mundo. Traigo los rostros de cientos de venezolanos caminando por las carreteras del continente en búsqueda de la vida que

en su país cuesta sostener -aunque el gobierno del Presidente Maduro insista en que es un montaje- y la de tantas personas víctimas de la represión en Nicaragua. Sus rostros claman al Dios del cielo justicia y a la humanidad solidaridad.

Ábrete humanidad... La tercera petición tiene que ver con el cuidado de la creación. Cuidar la “Casa Común” es un deber que para los cristianos va más allá de nuestra implicación ante el calentamiento global, la denuncia a la implantación del uso de organismos genéticamente modificados o del cuidado del agua como reserva de la humanidad. El cuidado de la creación, como lo señala la encíclica *Laudato Si'*, tiene una relación intrínseca con la justicia y con la lucha contra la pobreza pues, del buen cuidado que hagamos de ella, dependerá en gran parte el establecimiento de relaciones justas con el entorno, con las comunidades y entre los pueblos. La casa es de todos y todos los bienes de esa casa tienen un destino universal.

Este es el tiempo oportuno para que todos nosotros, sin distinción de razas, credo o ideología política, abramos cauces para hacer de este mundo una casa de todos y que tomemos conciencia de que el cuidado del medio ambiente es una responsabilidad con las generaciones que no han nacido y que desde el sueño de Dios anhelan una casa digna para habitar.

Este es el tiempo oportuno para que los responsables de la política y de la economía se abran a modelos de desarrollo sostenible en los que el “éxito económico” no lo sea todo. La sostenibilidad del planeta es una responsabilidad de todos, no obstante, los actores políticos tienen un papel muy importante y sería bueno que lo cumplieren con criterios éticos y de sostenibilidad.

Ábrete Iglesia... En la oración también está nuestra amada Iglesia. Estamos viviendo un momento histórico de transformación y constatamos que el viento del Espíritu está fluyendo con fuerza reavivando la ilusión que para muchos se había enfriado. Sin embargo, no en todas nuestras mentes y corazones ha entrado con la misma fuerza, por no decir con alguna que otra resistencia, la fuerza de la renovación.

Este es el tiempo oportuno para dejar de lado los mezquinos intereses y buscar el bien común de la comunidad universal para que ésta pueda ser fermento de renovación en todos los ámbitos del tejido social.

Este es el tiempo de generar una nueva arquitectura eclesial en donde el servicio, la misericordia, la humildad, la sencillez, la acogida y la austeridad, entre otros valores, estén por encima del afán de poder y de las exigencias “legales” y “rituales” que asfixian a no pocos hermanos y hermanas.

Este es el tiempo oportuno para que la Iglesia, como comunidad de misericordia, se abra de par en par a la fuerza transformadora del Evangelio. Abrirnos a la escucha atenta del Espíritu que nos habla a través de las personas y de las comunidades que buscan con ahínco ser cada día más coherentes con las enseñanzas de Jesús.

Señor, una vez más dinos con fuerza: ¡Ábrete!